

ÍNDICE

APUNTES SOBRE LA DECAPITACIÓN	.
El horizonte, decapitación cósmica	9
El mártir, el suicida	13
Decapitación y fetiche	23
El banquete y el andrógino	29
Decapitación por atrofia	32
Todo poder es siempre una decapitación	35
Decapitación y el origen	48
 APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL SILENCIO Y LA MÚSICA COMO CUERPO	 53
 APUNTES SOBRE LA MÚSICA Y LAS FORMAS	 93
 APUNTES SOBRE LA PROBLEMÁTICA DEL VACÍO EN NUESTRA MÚSICA ACTUAL	 133
 APUNTES SOBRE EL CUERPO LUMÍNICO	 157
 APUNTES SOBRE LA IMAGEN DE TRANSMUTACIÓN EN EL CINE	 177
 BIBLIOGRAFÍA	 207

APUNTES SOBRE LA DECAPITACIÓN

Yo, Nichiren, he sido decapitado
entre la hora de la Rata y la del Buey,
el día duodécimo del noveno mes del último año,
y el idiota que hay en mí murió entonces.

NICHIREN (Japón, 1222-1282), *Kaimokusho*

EL HORIZONTE, DECAPITACIÓN CÓSMICA

El hombre se observa a sí mismo en el espejo de lo infinito. Adquirió la conciencia como elemento generador de realidades tras la decapitación del cosmos, representado en lo infinito del horizonte, desgarramiento insalvable que separó repentinamente al cielo de la tierra. El horizonte es una desgarradura producida por la conciencia, la cual ha sido representada como una caída en todas las culturas a lo largo de los siglos. En tanto que imposible para el hombre, el horizonte es el espejo imposible de lo infinito, en el que se observa y no se reconoce; es la paradoja que hizo despertar la conciencia del hombre en tanto que conciencia: su línea inabarcable es la señal del cosmos decapitado, el corte en el cuello del mundo.

El hombre es el único animal hasta ahora conocido sobre la tierra, capaz de *ver* el horizonte. Es esencialmente un *separador* de las aguas: su esencia se fundamenta en la separación de las realidades, llevada a cabo por la conciencia. Y esa desgarradura cósmica es necesariamente la separación del cuerpo terrestre de la cabeza celeste; ese horizonte es siempre la imagen más palpable de lo impalpable, de lo infinito, de lo inalcanzable. Es la única

imagen posible de lo imposible, la imagen de la muerte, como diría Godard. Es la prueba de nuestra impotencia frente a la muerte, que es lo infinito.

En ese momento de decapitación cósmica el hombre hizo de su cabeza un huevo en el que empezó a germinarse el mundo como cosa. Sobrevino el advenimiento de las formas: luego de derramado el mundo terrestre en su caída líquida, como la sangre de la herida del horizonte, las formas fueron concretándose como rocas de lava seca. Lo terrestre cae, porque deviene simbólicamente producto de un rompimiento, de un *degüelle*, de una decapitación que separó el cielo de la tierra. El hombre (celeste por la naturaleza de su *alma inmortal* en tanto que portadora del *recuerdo* inefable de un estado anterior a dicha caída) ha caído sobre lo físico (derramado también) en forma líquida, la cual se concreta finalmente en la carne. El hombre proviene del líquido espeso que se derrama de lo infinito, del horizonte inaccesible (siempre en desplazamiento y rotación) del orgasmo cósmico. Es un ser acuático que genera capas de carne y órganos capaces de sobrevivir a la caída en el tiempo.

Las formas del mundo aparecen en la conciencia humana como una necesidad frente al vértigo del horizonte (imagen concreta de lo infinito). Los cuerpos: criaturas que se aferran a las formas como mecanismo de autoprotección ontológica. Ya desde temprana edad, los olmecas plantaron sobre la tierra inmensos cabezones de piedra sin cuerpo, como una forma de inmortalizar a ciertos personajes importantes de su comunidad. Únicamente la cabeza, en tanto portadora no sólo del rostro sino de la conciencia de dicha persona, es capaz de guardar en sí la *esencia* de la personalidad, de la identidad (desaparecida tras la muerte). Estos *cabezones* son el intento desesperado de retener el recuerdo de las personas queridas o importantes, ante la caída irrepa-

table de la muerte: en el gesto, como la madre de Salomé, nos quedamos sólo con la cabeza desprendida como ironía final del cuerpo mismo, como parodia.

La recuperación de lo infinito, la superación de la muerte, es el intento de alcanzar el horizonte e integrarlo de nuevo al cosmos. Por el horizonte el cosmos se pierde; como por un hoyo negro, desaparece. Quedamos petrificados, no tanto por su capacidad de desplazamiento constante, sino por el vértigo que tal desplazamiento nos produce.

Frente a nuestra separación del horizonte está siempre la inseparable sensación de soledad, de discontinuidad (Bataille). Y al no poder mirarnos ya directamente sobre el espejo del horizonte, de lo infinito, nos miramos en el espejo de su ausencia: lo divino, lo sagrado. Somos seres religiosos (es decir, con capacidad para retener la imagen de lo sagrado) porque somos hijos de la gran catástrofe. Somos seres trágicos porque nuestro nacimiento estuvo señalado por la decapitación cósmica, por la disección del cosmos, por la rotura momentánea del cosmos. “La herida nos precede”^[1], nos hace, nos configura. El tiempo, impulso extractor, se cuela por las fisuras sangrantes del universo y nos succiona. Nacimos siendo verdugos del cosmos, nacimos decapitándolo; y de cada descuartizamiento nacen las distintas realidades, nacen los *espacios*.

La decapitación, como imagen generadora inicial de nuestra cosmovisión, se convierte en el paradigma de toda nueva creación, de toda *re-creación*. El hombre busca la regeneración de

[1] Chantal Maillard, *Matar a Platón*, Barcelona (España), Tusquets Editores, 2004, p. 63.

las formas tras la decapitación, en un intento incansable por retornar al origen *in illo tempore* del que tanto habló Eliade. Una decapitación ritual es una retrogradación de la decapitación inicial, un gesto restaurador de la conjunción cósmica de todos los elementos, una búsqueda de la unificación total de las partes separadas; por lo tanto, una *re-codificación* de la vida eterna: restauración de la cualidad inmortal perdida. Porque la herida del horizonte no es una herida sobre el cosmos: es nuestra herida. Una fisura que sólo las montañas aparentan reparar circunstancialmente: por lo cual son para nosotros objeto de deseo sagrado. Las montañas se alzan poderosamente sobre lo físico como esfinges enigmáticas y cubren a nuestros ojos la fría línea divisoria. Todas las montañas son una reparación natural ilusoria del degüello cósmico: son el símbolo máximo de la fe.

La relación del hombre con lo sagrado, encauzada generalmente a través de las religiones (en tanto que intento por *re-ligar* lo terrestre con lo celestial), es un puente, una torre, un cuello construido con el objetivo de reparar la discontinuidad que se da entre la tierra y el cielo. Toda sacralidad nace de este impulso, de esta edificación de una torre que llegue al cielo, de una torre de Babel, de un cuello nuevo para este cosmos decapitado. Las montañas son por lo general sagradas, porque son un fragmento de tierra que se alza al cielo, porque restauran, aunque sea de manera alegórica, la separación infranqueable del horizonte.

Pero esta forma *religiosa* de reinserción en el orden cósmico viene igualmente acompañada de una decapitación ritual, porque inevitablemente la regresión al estado primigenio, antes de la *caída*, debe darse atravesando la caída misma, es decir, invirtiendo el proceso, quebrando el tiempo y la materia al retrocederlo, al voltearlo. Así como los procesos de renovación corporal, de curación, están asociados frecuentemente con un *regressus*

ad uterum, un retorno al origen, en el que el cuerpo físico debe retroceder hasta el útero para curarse, la fractura en el cuello del cosmos, representada por el horizonte, sólo puede curarse retrocediendo al momento mismo de la decapitación cósmica. Por este motivo dicha retrogradación, vista desde el lente de la razón (que es o ha sido en nuestra cultura eminentemente lineal, material y cronológica), no podrá ser sino un imposible, una locura, una superstición esotérica. Porque la restauración por medio de la autodecapitación, que es una decapitación *hacia atrás*, quiebra el fundamento mismo de la razón, en tanto que herramienta empírica lineal. Para el pensamiento racional, por decirlo de alguna manera, la decapitación acciona únicamente *hacia adelante* en el tiempo y en el espacio, por lo que su margen de acción es *lo otro*, lo diverso, lo contrario, la sombra. Lo que se encuentra enfrente (de lo que nos ocuparemos más adelante).

Al tratarse de decapitaciones de orden psíquico netamente (es decir, no hay una separación *física* de la cabeza y el cuerpo), se trata más bien de una trascendencia de la experiencia de lo físico, o bien de la atrofia de una de las partes. La autodecapitación se fundamenta en la conjunción simultánea de los planos, sin negar ninguno: su diálogo es directamente *con* lo desconocido, con lo inefable, con el infinito. Es la relación directa con lo imposible.

EL MÁRTIR, EL SUICIDA

El personaje del místico es en esencia un puente, una montaña, un cuello. Un místico es aquel que busca con su propia decapitación (su separación del cuerpo en tanto que trascendencia) la retrogradación de la decapitación inicial. El místico es en sí mismo una torre de Babel, un cuello cósmico. Es por lo tanto un